

LENGUA Y SOCIEDAD.

Elocuencia

Si ustedes quieren saber de verdad cómo se habla un castellano limpio pónganse a charlar con el ecuatoriano o la dominicana cuyos servicios han contratado para que le cambien los pañales al abuelo. En Latinoamérica la miseria y la riqueza -incluidas la miseria y la riqueza lingüística- están repartidas al azar. Eso hace que detrás de un atildado ministro pueda haber un criminal sin escrúpulos, pero también permite que los analfabetos de la aldea más escondida trinen un español tan musical como el de Garcilaso. Por encima de los vapuleos históricos que han hecho del continente un volcán, un polvorín o una charca, corre el viento incontaminado de la lengua pura.

Cuando los primeros colonizadores entraron a saco entre aquellos indígenas con taparrabos, firmaron un pacto según el cual, el invasor arramblaba con el oro y los tomates refulgentes y a cambio el invadido se quedaba con el cofre de las palabras. Han tenido que pasar cinco siglos para entender que era un canje equitativo. A este lado del Atlántico vivimos como reyes, pero cada día nos resulta más difícil recordar cómo se pide un café en un bar, cómo se hace una declaración de amor, cómo se saluda a un desconocido o con qué términos hay que expresarse cuando nos apuntan con un micrófono. Será que la opulencia atonta. Sin embargo nos quedamos pasmados ante la elocuencia de cualquiera de esos futbolistas sacados de los arrabales que ponen los adjetivos exactos para explicar el partido. Muchos de ellos no han pisado la escuela. Tampoco lo ha hecho el campesino testigo del último terremoto que, desde la bruma de su desesperación por la pérdida de varios familiares, suelta dos frases tan sencillas como impresionantes y con ello nos toca la fibra precisa del corazón. Es una forma de sabiduría más valiosa que la que supuestamente deriva de ir a la facultad.

El capital humano que está llegando desde aquellas tierras ha empezado a tapar nuestros agujeros de mano de obra en la construcción, la limpieza doméstica, la recogida de fruta y la tabla de goleadores. Cuando nos demos cuenta de que hemos perdido definitivamente la facultad de hablar con un mínimo de decoro, ese flujo migratorio llegará hasta los estrados de las aulas para enseñar a nuestros hijos a completar las oraciones gramaticales, a hilar un discurso sin necesidad de trufarlo de tacos y a devolver al castellano esa antigua dignidad de la que tan concienzudamente le hemos despojado.

José María Romera

Selectividad Julio 2003